

dado los primeros pasos. Constituye una propuesta lexicográfica de relevancia desde el punto de vista lingüístico y semántico, supone un punto de inflexión en los métodos utilizados hasta el momento, puesto que estudia los lexemas agrupados en campos semánticos. Johannes P. Louw y Eugene A. Nida son los primeros en incorporar a la redacción de un lexicon para el Nuevo Testamento los principios básicos de la lingüística actual y atienden a los fundamentos de la semántica estructural cuando realizan la formulación del sistema denominado *semantic domains*. También es una realidad que Louw y

Nida no han hecho más que dar comienzo a un largo itinerario todavía por transitar. John A. L. Lee manifiesta su confianza de que no sea éste un cometido irrealizable: enfrentar la tarea de edición de lexicones con un examen riguroso del contexto en que aparece cada término, para que el lector pueda apreciar cómo se modifica el significado de una palabra según los elementos lingüísticos que rodean cada componente.

Marta Alesso

Instituto de Estudios Clásicos
Universidad Nacional de La Pampa

Rostros de la utopía. La proyección del peronismo en la novela argentina de la década de los 80

María José PUNTE.

Pamplona: Eunsá. Ediciones Universidad de Navarra, S. A., 2002. 228 páginas.

El mérito mayor del libro de María José Punte —una argentina que vive y trabaja en Austria— es haberse atrevido al desafío que significa estudiar el peronismo en la literatura argentina. También, el haber organizado un *corpus* de textos y autores, no necesariamente consagrados por una crítica académica local o internacional. *Rostros de la utopía. La proyección del peronismo en la novela argentina de la década de los 80* evidencia el trabajo sistemático y cuidadoso de una investigadora de la literatura. Punte parte de la definición de Nicholas Shumway de

“ficción orientadora” —una matriz ideológico-discursiva, una mitología de la exclusión antes que de la unificación— para definir el peronismo como una de esas ficciones orientadoras que explica su persistente vigencia (“el peronismo vino para quedarse”) en la imaginación nacional argentina.

Después de pasar revista a los principales estudios sobre el peronismo en la literatura argentina —Ernesto Goldar (1976), Antonio Borello (1981) y Andrés Avellaneda (1983)—, Punte establece su marco conceptual para reubicar el peronismo en su nueva situación

histórica: el retorno de la democracia en la década de 1980. Contiene que más allá de los intentos de desperonización de que fue objeto (en los '50 con la Revolución Libertadora y en los '70 con la Junta Militar) el peronismo es una fuerza inalienable que se convirtió en propuesta identitaria alternativa a los proyectos hegemónicos de turno. La literatura no ha permanecido ajena a su fuerza, puesto que la influencia del peronismo contamina otros ámbitos discursivos, y el estudio que Punte acomete demuestra la conexión que existe entre esos otros ámbitos discursivos y los textos literarios elegidos.

En los '60 el peronismo fue “el detonante” clave para discutir el carácter de una cultura nacional que tuvo resonancias en el campo literario como en todos los ámbitos sociales y lo hizo desde la conjunción con la filosofía de la liberación del cristianismo de Medellín (1968), la teoría de la dependencia y la Revolución Cubana (1959). En los '70, el renacimiento del peronismo tuvo su significación dentro de este contexto de ideas, abriendo el debate acerca de categorías como “pueblo” (entendido como opuesto y alternativo al de “clase” del marxismo clásico y sus partidos de izquierda) y “nación”, necesarias para la elaboración de un proyecto de carácter nacional y popular. Las novelas de los años '80 que Punte elige tematizan el peronismo que emana de estas tendencias, posibilitando una lectura que desde

sus orígenes hasta el presente inmediato, abarca casi 50 años. Seis son las novelas seleccionadas y analizadas en el siguiente orden: *Proyección en 8 mm y en blanco y negro, durante una reunión de familia, un sábado a la tarde* (1987) de Jorge Andrade (1936) que tematiza los orígenes del peronismo y describe la conmoción que se produce en el seno de la pequeña burguesía ante la aparición del nuevo actor ideológico, atraído por la política de Perón. *La astucia de la razón* (1990) de José Pablo Feinmann (1943) remite al peronismo alternativo de los sesenta reorganizados alrededor de la figura de uno de sus ideólogos: John William Cooke. *No velas a tus muertos* (1986) de Martín Caparrós (1957) narra el peronismo militante de la generación peronista de los años '70. Esta obra se enlaza con *Cola de lagartija* (1983) de Luisa Valenzuela (1936) quien continúa en el tiempo del desarrollo del peronismo pero hacia otra dirección, la de la derecha peronista, simbolizada por la figura de José López Rega. No totalmente en consonancia con esta secuencia temporal se encuentra *Cuerpos presentes* (1981) de Carlos Gorostiza (1920), que se ocupa de uno de los rasgos esenciales del movimiento y que tiene que ver con el liderazgo de una figura fuerte como la de Perón, que además revela la gravitación de los caudillos argentinos en la historia política del país. Por último, para cerrar el periplo que se abre en 1945 se llega

al peronismo sin Perón en *El día que mataron a Cafiero* (1987) de Dalmiro Sáenz (1926) y Sergio Joselovsky.

En cuanto a la metodología que María José Punte utiliza y su marco conceptual, la investigadora propone considerar el peronismo desde el amplio marco de la filosofía latinoamericana, entendiendo por “latinoamericana” no localismo o “exotismo” sino una instancia histórico-social e histórico-cultural desde la cual el individuo aborda la reflexión filosófica. Siguiendo a Raúl Fornet-Betancourt, Punte incorpora la idea de la singularidad de la filosofía latinoamericana, entendida como un pensamiento pragmático, guiado por una preocupación ética, social y política. También considera operativo el término “creencia” que Fornet-Betancourt toma de Ortega y Gasset para referirse a la manera en que cada tradición encara su comprensión filosófica ya que cada racionalidad se apropia de una creencia en la expresión que sirve de programa a la explicación de la realidad. (27) Punte sintetiza el aporte de destacados pensadores, críticos y filósofos latinoamericanistas que se han planteado el problema de la comprensión de la singularidad cultural de América Latina y de su identidad. El mexicano Leopoldo Zea para quien la idea de América comienza su historia al entrar a una Historia Universal que le impone un arquetipo de lo que se considera humano; Fernando Aínsa para quien

la identidad cultural es un proceso dinámico que necesita ser integrado no sólo con la imagen que una sociedad tiene de sí misma, sino con una contra-imagen que es la idea que los demás se forman. La relación y/o confrontación con el Otro —sea europeo u occidental— es lo que marca la diferencia como un proceso dinámico y dialéctico, centripeto y centrífugo. Para Rosalba Campa, la idea de que América se caracteriza por un “complejo de invisibilidad,” es resultado de la conquista y determina la dirección del pensamiento hacia la búsqueda de reconocimiento. Finalmente, del filósofo Arturo Andrés Roig, Punte explica la dicotomía discursiva “civilización y barbarie”, la que según Roig, si bien toma cuerpo en el discurso latinoamericano a partir de mediados del siglo XIX, puede ser encontrada bajo otras formas en todas las épocas. Sugiere que es propia del discurso de la opresión que se vale de formas dicotómicas, y propone estudiarla de acuerdo con la noción de formación discursiva de Foucault, que se caracteriza por un ascenso, consolidación y crisis. Tiene una significación polivalente como en la obra del propio Sarmiento. Roig sostiene que a partir de la crisis de 1930 se produce un resquebrajamiento del modelo sarmientino dando lugar a una nueva reformulación, con una inflexión positiva de la barbarie (*Radiografía de la pampa* (1933) de Ezequiel Martínez Estrada). Carlos Astrada, Rodolfo Kusch y Carlos Cullen intentan caracterizar la barbarie

como un *ethos* que encarnaría la realidad americana y que serviría de fundamento a un pensamiento filosófico de base popular. Progresivamente, se llegará a formulaciones más acordes con la sensibilidad posmoderna de trascender dichos binarismos dicotómicos. Para Roig, ninguno de los grandes pensadores (Paz, Zea) han logrado superar tal dicotomía, y recién a partir de 1975 se abre una tercera etapa que cancelaría las oposiciones anteriores. Esta propuesta es tomada por Raúl Fornet-Betancourt para quien las exigencias de la nueva etapa histórica de la globalización posibilitan el diálogo intercultural. Nuevamente estamos frente a un filosofar orientado por una necesidad práctica. Fornet-Betancourt entiende por cultura el proceso concreto de una comunidad humana en torno a los fines y valores que esta comunidad quiere realizar. De este modo, se posibilita el ejercicio propio de afirmación de diferentes grupos, puesto que los individuos que habitan una cultura tienen derecho a exigir “desobediencia cultural” por la cual el ser humano “hace y rehace su cultura en constantes esfuerzos de apropiación.” (36).

De las bases filosóficas e identitarias, Punte pasa a la historia (Cap. 4) y su cruce con la ficción, para demostrar de qué manera la literatura de los años ‘80 se impone como tarea dar cuenta de la historia que hereda de los años ‘70. Utiliza el esquema textual de tres estratos de

Wolfgang Iser —lo real, lo fictivo y lo imaginario— para dar cuenta de la especificidad del trabajo de la literatura, que para Iser es su carácter *ex tático*, es decir, el movimiento de ocultamiento y auto-develamiento que muestra una multiplicidad de facetas. Lo real en un texto es su contexto extratextual, la multiplicidad de discursos que el autor asume a través del texto. Lo fictivo como el acto de fingir, es el acto intencional por el que se transponen los límites que se dirigen en ambas direcciones: lo real y lo imaginario, siendo lo imaginario el ámbito de producción específico de imágenes. (40-01)

El propósito de Punte es dar cuenta de la especificidad de la ficción en su vínculo con la política, por tanto con las ideologías y las utopías. En 1980 la literatura sufre un proceso de reajuste expresivo que implica una respuesta cultural a discursos no literarios. La década de los ochenta fue muy politizada en la Argentina porque la apertura democrática abrió un espacio discursivo de reflexión antes vedado por la censura y la represión militar. La actividad literaria significó una resistencia, y si bien este tema ha sido ampliamente tratado por la crítica literaria, el que concierne al vínculo específico entre literatura y peronismo no ha encontrado la misma recepción e interés dentro de una crítica local (el estudio más significativo, el de Andrés Avellaneda, se llevó a cabo fuera del país). Presuntamente se deba al predominio dentro de la crítica

literaria argentina de izquierdas del peso aún enorme del legado contornista, y a la naturaleza altamente conflictiva aún de la experiencia del peronismo de los setenta y el campo de tensiones y ambivalencias ideológicas que caracterizan al peronismo.

De los rasgos específicos de la figuración literaria y de su carácter o aspiración utópica, según Paul Ricoeur, Punte entra de lleno en el peronismo (Capítulo 5), ofreciendo una breve historia desde su surgimiento hasta finales de la década del '80. La autora afirma que el peronismo de los '80 toma distancia tanto de la izquierda marxista como del autoritarismo de derecha. Se identifica con el social cristianismo y la social democracia en cuanto a coincidencias filosóficas, ideológicas y doctrinarias. Reivindica el ingrediente nacional. Pero con Menem, el peronismo rompe con varias ideas fundamentales del peronismo clásico (su adscripción al populismo y a un sector estatal fuerte), inclinándose por una economía de mercado y hacia un cosmopolitismo, es decir, una apertura internacional, aproximándolo a corrientes liberal-conservadoras.

Los dos últimos capítulos (6 y 7) están dedicados al análisis de las novelas elegidas por María José Punte que son de distinto tenor formal y apuntan a diferentes campos de lectura. Las de Caparrós y Feinmann convocan sectores generacionales vinculados con la

experiencia sesentista-setentista del peronismo radicalizado, mientras que la de Valenzuela es leída por públicos intelectuales más amplios, dado que la autora vivió en los Estados Unidos y el giro feminista de su escritura trasciende el tema de la política y el peronismo. Las de Gorostiza, Sáenz y Joselovsky son de repercusiones particularmente internas y posiblemente convocan a sectores más amplios. Frente a ellas, *Proyección...* de Andrade, apunta a un campo de lectura más limitado, puesto que, como afirma Punte, Andrade es un escritor poco conocido, del que no "fue posible hallar datos biográficos." (218) En efecto poco se sabe de él; según datos de la solapa de la novela *Los ojos del diablo* (1986), es un economista argentino que vive en Barcelona desde 1976 y tiene una vasta obra escrita que voluntariamente mantiene casi del todo inédita. Lo que une a todos estos autores de una manera u otra es que fueron afectados por la experiencia política del peronismo en sus distintas etapas.

Las novelas dialogan entre sí en el entramado de análisis que Punte organiza y continúan una tradición de la literatura nacional argentina que es la que establece el vínculo indisoluble entre historia privada e historia nacional, entre familia y nación. Si como afirma Josefina Ludmer, en 1880 un grupo de escritores pertenecientes a la "coalición cultural del Estado liberal" había utilizado el género novelístico para representar una

relación analógica entre familia y nación como parte de un complejo procedimiento de legitimación de clase, un siglo más tarde, en 1980, la productividad alegórica del vínculo familia/nación emerge nuevamente en otro grupo de escritores, esta vez de clase media, para problematizar la relación de su clase con respecto a la nación peronista. Como señala Silvia Cárcamo, en las novelas de ambos grupos de escritores, la figura del padre ejemplar alegoriza la nación. Así, la muy controvertida aserción de Fredric Jameson acerca de las literaturas del “Tercer Mundo” como necesariamente alegóricas es prueba acertada para este corpus.

Si bien las imágenes del miedo, de la invasión, del espacio privado de la individualidad pensante versus el público de la amenaza, proceden del repertorio fundador de la imaginación literaria que inauguraran los escritores liberales asociados a *Sur* —Borges principalmente, y Bioy Casares en el par Augusto Domecq— lo nuevo de su recreación en estas novelas es la clase que las utiliza para marcar una distancia con respecto a aquella. Esta clase media intelectual fue la que se convirtiera masivamente al peronismo en los sesenta-setenta. Germán Rozenmacher —autor del célebre cuento “Cabecita negra”— es para Andrés Avellaneda el miembro más brillante de esa promoción. Rozenmacher afirmaba que el advenimiento del peronismo de algún modo puso al país al descubierto, lo desnudaba, y su

generación tuvo el “privilegio” de ver al país descuartizado, y casi desde afuera, sin comprometerse totalmente con el peronismo ni con el antiperonismo. Ese peronismo es el que las novelas estudiadas por Punte ponen al descubierto, un peronismo que después de su “fracaso” setentista se sigue debatiendo y alimentando la imaginación nacional en distintas modalidades estéticas, constituyendo una de las tramas que vincula (si es que podemos decir esto) las culturas de izquierda de fin de siglo. El peronismo constituye, como bien acierta María José Punte, un elemento identitario poderoso de la imaginación de las últimas décadas del siglo XX. Más allá de la fragmentación en que la nueva situación histórica encuentra a estas generaciones, las mismas se hallan abocadas a la recreación de sentidos de ese fenómeno. La experiencia del peronismo setentista se convierte en figura de la memoria y tropo de la imaginación nacional, formando una gran autobiografía colectiva. Así, intelectuales, críticos, escritores, exmilitantes, hijos y entenados de ese peronismo alternativo vuelven sobre él mismo, para la construcción de imágenes y significaciones de la nación democrática finisecular.

Punte es consciente del desafío que significa abordar el peronismo por la conflictividad que lo rodea. Su aproximación a la literatura le permite “remontar una imagen” para acceder a un discurso. Cada una de esas imágenes que los textos elegidos recrean refleja un aspecto y

expresa una perspectiva particular. El interés por la continuidad temática del peronismo en plena apertura democrática y el fracaso del peronismo en el gobierno, condujo a Punte a elegir un *corpus* dentro de los límites de la década de los ochenta, a fin de ver cómo había reaccionado la literatura al cerrar una etapa histórica muy conflictiva. Pero, también, porque los estudios sobre el peronismo en la literatura no habían llegado tan lejos temporalmente. La crítica literaria argentina había explorado ciertos aspectos y se había concentrado en un período establecido, pero no había continuado. Las seis novelas estudiadas presentan cierta variedad de temas y recursos y, sobre todo, ofrecen una visión del peronismo bastante amplia tanto en lo temático como en lo formal. Cada una de ellas se concentra en un aspecto específico del fenómeno político que va a ser incorporado a una estructura mayor. Las obras dejan ver una continuidad, a la par que muestran las contradicciones del peronismo, que fueron resultado de un proceso histórico perfectamente identificable. De este modo Punte se distancia de las posturas que le adjudican al fenómeno político del peronismo la cualidad de incomprensible. Las novelas no tienen ningún contacto entre sí, excepto que pertenecen a la misma década, sin embargo las une un cierto consenso que trasluce el debate social. En cuanto a sus estéticas se diferencian considerablemente. La década se abre con *Cuerpos presentes* (1981)

que no se aparta de los códigos realistas y responde a las premisas del autor, Carlos Gorostiza, quien a través de su trabajo teatral adhiere a un tipo de realismo comprometido. Es la única que presenta una alegoría política a través de la figura de Perón. *Cola de lagartija* en cambio apuesta a una subversión a través del lenguaje y está escrita en un registro paródico que recuerda fuertemente la concepción de lo carnavalesco. *Proyección...* evoca la novela realista en tanto que pintura de una sociedad, pero lo hace de manera dislocada y fragmentada. *No velas a tus muertos* también retrata a un sector de una sociedad utilizando códigos de realismo posmoderno. El género policial aparece representado en *El día que mataron a Cafiero*, sin embargo, también juega con diversos tipos de discurso aunque sin apartarse demasiado del estilo periodístico. Por último, *La astucia de la razón* que se encuentra cerrando la década, presenta una estructura compleja e imbricada que juega con diversos discursos, pero que además podría ser definida como novela de tesis.

Punte analiza cada texto como una entidad autónoma y luego identifica imágenes, símbolos, metáforas y analogías de más amplio alcance. La novela es considerada como un espacio alternativo que permite articular la función utópica como uno de los aspectos configurantes inseparables del texto. Siguiendo a Paul Ricoeur en *L'idéologie et la utopie*, quien retoma de Marx el sentido de

inversión de la ideología, considera que ésta cumple una función integradora del imaginario social, cuando se trata de preservar una identidad, ya sea de individuos o de grupos. Esta necesidad existe porque una brecha se abre en un sistema de autoridad, entre la demanda de legitimidad que ese sistema precisa y la respuesta en términos de creencia por parte de los gobernados. En el extremo opuesto al de la función integradora de la ideología se coloca la distorsión, entendida como patológica y por la cual la ideología se convierte en simulación. Este proceso se da cuando un individuo o grupo expresa su situación sin reconocerla o conocerla. Dentro de esta perspectiva, la comprensión del peronismo exige su ubicación dentro del marco mayor de América Latina puesto que la dicotomía clásica de “civilización y barbarie” subyace a las reflexiones sobre la filosofía latinoamericana y sus sistemas políticos, que ha condicionado toda interpretación del peronismo. Punte reconoce que en los años ‘80 hay otras novelas mucho más conocidas y estudiadas que las que ella ha elegido, como *La novela de Perón* (1985) de Tomás Eloy Martínez y *No habrá más penas ni olvido* (1987) de Osvaldo Soriano. También *A las 20:25 la señora entró en la inmortalidad* (1986) de Mario Szichman y *En el corazón de junio* (1983) de Luis Guzmán, *La vida entera* (1981) de Juan Martini, *Los demonios ocultos* (1987) de Abel Posse, *Rojo sobre rojo* de Beatriz Guido (1987), *Hay cenizas en el*

viento (1982) de Carlos Dámaso Alonso, *Qué solos se quedan los muertos* (1985) de Mempo Giardinelli, *Tinta roja* (1981) de Jorge Manzur y *Encerrar la dama* (1981) de Guillermo Rodríguez. De esta lista, sin embargo, Punte omite una novela muy controvertida en el momento de su aparición: *Flores robadas en los jardines de Quilmes* de Jorge Asís (1980).

Concordamos con Punte en señalar que la presencia del peronismo en la literatura de la etapa democrática de fin de siglo es una agenda de investigación insuficientemente desarrollada. Su estudio constituye un paso definitivo en esa dirección. Resta aún incorporar y sobre todo trascender los criterios valorativos en torno a los binarismos que gobiernan los discursos sobre el peronismo. Estos remiten a su vez al gran peso del paradigma de la modernidad en la tradición crítica argentina, que evalúa la presencia del peronismo en la figuración literaria, según las esferas de la alta literatura o cultura de élite y la baja literatura o cultura popular y de masas, o, según su valor estético o su ideología. El peronismo ha sido permanente objeto de abordaje según estos criterios y continúa dividiendo las aguas del campo intelectual y sus prácticas críticas en la Argentina. Podríamos seguir citando estudios sobre la naturaleza altamente controvertida que caracteriza el peronismo, sus discursos y sus literaturas, puesto que no hay referencia al mismo que no esté

signada por este rasgo de oposición, de diatriba, de disyunción discursiva. Si, como afirma John King, el peronismo no logró crear una alternativa cultural seria (King 1984: 35), o, como señala Beatriz Sarlo, el impacto del peronismo no debe medirse con el de los escritores peronistas (Sarlo 2001: 39), el análisis de Punte opera fuera de dichas asunciones.

Por último, nos extraña y a la vez nos parece novedoso que Punte recurra a la filosofía latinoamericana para estudiar el peronismo, en lugar de abordarlo desde la perspectiva del nacionalismo. Más atenta a una perspectiva hermenéutica, se inclina por la filosofía identitaria, y las bases del trabajo de Paul Ricoeur le permiten reflexionar sobre la historia del peronismo y su presencia en la literatura argentina, un vínculo que lo desborda pero con el que la literatura y la política están indudablemente conectadas. La presencia dominante del peronismo en la escena política de la década de los noventa significa otra de sus metamorfosis y posibles paradojas. ¿Su fin posiblemente? ¿Qué ficciones de representación generará? Mientras los programas de literatura seguirán estudiando los grandes autores del canon de la literatura argentina, el cardumen de

novelas nacionales sobre el peronismo irá dejando huella de la materialidad de las historias locales, un eufemismo para referirse a la aún muy vigente categoría de nación.

Obras citadas

- Ahmad, Aijaz. "Jameson's Rhetoric of Otherness and the 'National Allegory'." In *The post-Colonial Reader*. Edited by Bill Ashcroft, Gareth Griffiths & Helen Tiffin. London & Routledge 1995: 77-84.
- Avellaneda, Andrés. *El habla de la ideología*. Buenos Aires: Sudamericana, 1983.
- Cárcamo, Silvia. "Acerca de la memoria y el realismo en la literatura argentina reciente." *Islas*, 45 (138): 71-92; octubre-diciembre, 2003.
- King, John. "Victoria Ocampo, *Sur* y el peronismo, 1946-1955." *Revista de occidente* N° 37. (1984): 33-44.
- Ludmer, Josefina. *El cuerpo del delito*. Buenos Aires: Perfil, 1999.
- Sarlo, Beatriz. *Tiempo Presente*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2001.

Rita de Grandis

University of British Columbia.
Canadá

Diccionario yaqui-español y textos. Obra de preservación lingüística.

Zarina ESTRADA FERNÁNDEZ; Crescencio BUITIMEA VALENZUELA; Adriana Elizabeth GURROLA CAMACHO; María Elena CASTILLO CELAYA y Anabela CARLÓN FLORES
México D.F.: Plaza y Valdés Editores, 2004. 405 páginas.